

CONFERENCIA 17 DE JULIO DE 2024

"ESCUCHAR LA PALABRA PARA ILUMINAR EL CAMINO"

Maria Clara Lucchetti Bingemer

La comparación que hace el célebre filósofo lituano-francés Emmanuel Levinas entre Ulises y Abraham como figuras paradigmáticas de la relación con el otro es muy sugerente para iniciar esta reflexión. Más que personajes bíblicos, son prototipos antropológicos, figuras paradigmáticas de la identidad humana.

Ulises, tras la guerra de Troya, regresa a su hogar. Vivió la aventura de múltiples encuentros con otros, experiencias variadas. Luchó en batallas, se enfrentó a un sinnúmero de obstáculos, conoció a los diferentes. Cubierto de victorias y gloria, regresó. Cuando llega, incluso disfrazado, "diferente" del Ulises que se había marchado, sigue siendo el "mismo"; su perro, por su nariz, y Penélope, por su amor, le reconocen. Ulises representa al héroe del retorno, que entró en contacto con lo diferente sólo para quedar reducido a lo mismo en un mundo domesticado y asimilado.

Abraham oyó una voz que le llamaba y abandonó su tierra, para no volver jamás. Su viaje fue hacia lo nuevo, lo desconocido, lo diferente, el Otro. Nadie le espera cuando regresa a su punto de partida. Sólo hay una palabra de promesa que le llama hacia un futuro que siempre está más allá. Abraham escucha, camina, trasciende. Su identidad se transfigura a cada paso, es procesual, histórica. Rompe con el pasado y su éxodo es hacia un futuro imprevisible y nuevo.

¿Cuál es la fuerza que impulsa a Abraham por el camino, hacia lo que no conoce ni sabe? Es la Palabra, la Palabra de Dios que le trasciende, pero que también resuena en sus oídos y en su interior. Abraham no conoce el camino, pero esta Palabra que empieza a conocer, que escucha y obedece, ilumina el camino y hace que no tema nada. La Palabra le abre el conocimiento de quién es Aquel que le aleja de su seguridad y le promete compañía.

El pueblo de Dios veía en la figura de Abraham a su prototipo y a su representante. Se entendían a sí mismos como oyentes de una Palabra eficaz y atractiva, que seduce y convoca, pero que también hace lo que dice y lo que hace, enviando y acompañando. Escuchando esta Palabra y practicando lo que dice y enseña, se convirtieron en un pueblo en camino en busca del cumplimiento de la promesa de Aquel que no prometió a Abraham seguridad ni facilidad. Pero le dijo lo que toda la humanidad anhela oír: Yo estaré contigo.

Dios como Palabra encontrada en la Escritura

La poeta brasileña Adelia Prado expresa de forma bella y original su deseo del lenguaje misterioso y sorprendente que hace su aparición en las entrañas de la humanidad y desvela el misterio de Dios como Palabra.

ANTES DEL NOMBRE

No me interesa la palabra ordinaria.

Quiero el espléndido caos del que surge la sintaxis,

los lugares oscuros donde el "de", el "alias", el

"el", el "sin embargo" y el "que", esa incomprendible



muleta que me sostiene.

*Quien comprende el lenguaje comprende a Dios
cuyo Hijo es el Verbo. Quien comprende muere.*

*La palabra es un disfraz de algo más grave, la sordera,
Fue inventada para ser silenciada.*

*En muy raros momentos de gracia
puedes atraparla: un pez vivo con la mano.*

Puro espanto y terror

En los primeros tiempos de la Revelación al pueblo de Israel, los hombres y mujeres que captaron esta Palabra y hablaron de lo que oían identificaron a Dios como la Palabra. Una Palabra que rompe el silencio y habla. Pero la condición para saber y afirmar que habla es que haya un oyente: un hombre o una mujer. Alguien que ha oído, ha escuchado. Y luego obedece y practica. Ser humano es estar abierto. Abierto a escuchar y a responder a esta escucha, en la confianza de no ser tu propio Principio y Fundamento, sino de encontrar en Otro ese Principio que reconoces, ese Fundamento que te sostiene, esa Palabra en la que puedes confiar plenamente y tener la desafiante experiencia de la fe.

La revelación del Dios judío y cristiano es inseparable de la experiencia y la práctica del ser humano. El Dios de los teísmos, el Dios denominado genéricamente como Ser Supremo, Sustancia Suprema u otros nombres abstractos que designan una divinidad lejana, abstracta e inalcanzable, no es el Dios de los padres, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Mucho menos Abba, el Padre de Jesús de Nazaret. Tampoco es el Dios de la Trinidad al que nombramos Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En las tramas de la historia de un pueblo, este Dios levanta el velo de su misterio, sin revelarse nunca el mismo, sino siempre otro, que se encuentra en la necesidad que clama el pobre, el huérfano, la viuda, el extranjero; el necesitado, el diferente; el emigrante que viene de otra cultura y habla otra lengua; el herido que se ha quedado en el camino. E incluso el que practica otra religión y alaba a Dios con otro culto; el que nombra el misterio con nombres diferentes. En definitiva, en la historia de un pueblo, Dios abre caminos desconocidos, que sólo se descubrirán en el acto de caminar, escuchando su Palabra, que señala el camino, pero no delata el final de la historia.

Y el ser humano, ante este Dios, está permanentemente bajo interrogación, bajo juicio, bajo exigencia. Esta exigencia es provocada por el rostro del otro, especialmente del pobre, que aparece como epifanía (manifestación) de la trascendencia. Esta epifanía conlleva responsabilidad, la necesidad de responder cuando la Palabra pregunta: "¿Dónde está tu hermano?". Ésta es la historia de un amor que nos pone en camino y nos hace responsables. El hermano es el compañero de destino y de camino y para él es necesario responder. Su alteridad, su diferencia, son una llamada constante a avanzar, a caminar y a encontrar el camino mientras camina.

Toda la historia de este encuentro entre Dios y los seres humanos está registrada y puede conocerse en la Biblia, en la Sagrada Escritura, en el texto en el que el pueblo de Dios registró su proceso de encuentro y conocimiento amoroso de su Dios. Es el relato de una experiencia de escucha que nos impulsa por un camino, experimentando un amor que se revela en el movimiento del propio camino.

Agustín de Hipona, uno de los más grandes teólogos y santos de la historia del cristianismo, nos recuerda la importancia central de la Sagrada Escritura para conocer al Dios de la revelación:



"Recuerda que es la misma Palabra de Dios la que está presente en todas las Escrituras, que es la misma Palabra la que resuena en boca de todos los escritores sagrados; la que, siendo en el principio Dios junto con Dios, no tiene necesidad de sílabas, puesto que no está sujeta al tiempo."

El texto bíblico es la mediación primaria donde podemos encontrar a Dios, porque el Dios cristiano es el Dios de la Biblia. La Biblia es la cuna del Dios de la fe cristiana. Allí se puede encontrar a Dios y escuchar su Palabra. Las dos condiciones previas para que esto ocurra son:

En primer lugar, no partir de la razón, sino de la fe. La propia Biblia nos advierte continuamente de esta condición indispensable para acercarnos al Dios que revela. Lo dice de muchas maneras: "Destruiré la inteligencia de los inteligentes" (1 Cor 1,19ss; Is 29,14). "Has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños" (Mt 11,25-26). Para saber de Dios, por tanto, tienes que estar dispuesto a no saber (a ser pequeño e inculto), aunque sepas que no sabes y por qué no sabes.

Esto es lo que los Evangelios nos enseñan que ocurrió con Jesús de Nazaret. Sobre él, sus contemporáneos se preguntaban: "¿De dónde le viene ese conocimiento? ¿No es el hijo del carpintero?" (Mt 13,54-56). Este hombre sin importancia social ni intelectual en la sociedad y en los círculos de la religión oficial les desconcertaba con su forma de ser, actuar y hablar. No se parecía a los hombres sabios y eruditos de la época. Pero al mismo tiempo decían: "Nadie ha hablado jamás como este hombre" (Jn 7,46). Sentían que sus palabras y su práctica tenían autoridad. Una autoridad, sin embargo, que no procedía de él, sino de otro.

La segunda condición es la resistencia resuelta a todo fundamentalismo y a todo fideísmo. Dios supera todo entendimiento, pero no lo borra. El Dios de la Biblia también debe conocerse con la razón.

Por ser un texto plural y multiforme, la Biblia lleva en su definición varias dimensiones y aspectos que son sumamente importantes cuando intentamos descubrir, en la intrincación de las palabras, la luminosidad de la revelación de Dios y la dirección que esta luz nos señala en el camino que estamos llamados a seguir.

La Biblia son palabras. Es la comunicación de Dios consigo mismo, que para nosotros tiene su culminación en Jesucristo, que es a la vez la palabra y el oyente perfecto, reconocido por quienes le escuchan y viven con él como un acontecimiento salvador. La Biblia es un todo, un conjunto, un proceso integral. En los textos bíblicos, el Dios que se nombra es el referente último de estos textos. Está implicado por la cosa del texto, por el mundo (bíblico) que estos textos despliegan.

El gran filósofo y exégeta francés Paul Ricoeur identifica en el texto bíblico varios géneros literarios que lo hacen multiforme y plural:

- En primer lugar está el discurso profético, en el que un ser humano aparece como el canal, el transmisor, la boca del propio Dios. Como en Jeremías 2,1: "Ve y grita esto a oídos de Jerusalén". El profeta se anuncia hablando no en su propio nombre, sino en nombre de otro. Otro le convoca, le posee, le habla al oído y le envía a hablar de lo que ha oído a los demás. Para que no quede ninguna duda de que es Dios quien habla y no él mismo, los profetas puntúan su discurso con afirmaciones que revelan la alteridad que habla a través de su cuerpo y su lengua: "Así dice Yahvé". "Palabra de Yahvé". El discurso profético, sin embargo, no puede separarse del discurso narrativo, de la historia de su pueblo. El profeta no es un adivino, sino un miembro del pueblo, que siente con él y le advierte, para que vuelva la fidelidad y la justicia y el derecho fluyan como un río.



- el discurso narrativo. Aquí el autor desaparece y los acontecimientos se narran solos. El narrador está en segundo plano explicando lo que ocurre y revelando cómo Dios es quien hace la verdadera narración. De este modo, se invita al oyente de la Palabra a volver la mirada hacia lo que se narra, es decir, se le insta a no ceder a la tentación de ver -siempre sospechosa de idolatría en la Biblia hebrea- para escuchar la narración que le cuenta Dios como agente último de esos acontecimientos y Señor de esa historia de salvación. La Palabra Revelada califica esos acontecimientos en su trascendencia en relación con el curso normal de la historia. El camino a seguir en este caso consiste en observar la narración histórica en la que los hechos calificados por la Revelación preceden a la palabra oral o escrita. En la historia Dios deja su huella y lo que ocurrió en esa historia y llevó esa huella será narrado y recontado incesantemente por el pueblo que experimenta esa historia como la historia de la salvación. De este modo, la inteligencia de la historia es también la inteligencia de la fe, que califica los acontecimientos.

- Existe también el tercer discurso, que es prescriptivo. Es la Ley, la Torá, el código de la Alianza entre Dios y el pueblo. Es el aspecto práctico de la Palabra de Dios. Pero no es una ley extrínseca, una mera letra que subyuga y obliga autoritariamente. Los textos legislativos están intrínsecamente ligados a los acontecimientos fundadores y no son meras formulaciones jurídicas, sino que llevan en sí una relación intrínseca entre mandar y obedecer. El amor de los fieles por la Torá, por la ley, revela la amplitud de las posibilidades éticas que abre esta ley, puesto que es la ley de un pueblo libre. No es simplemente una ley heterónoma, sino que debe inscribirse en el corazón. Ser la ley de un pueblo libre puede abrir el futuro de la práctica y de las instituciones y puede, en el cristianismo, encontrar su culminación en Rom 13,8: "...quien ama ha cumplido toda la ley". Es como un corazón que en sucesivos movimientos de sístole y diástole recoge y recuerda al pueblo el corazón de la Ley: "Ama a Dios y ama a tu prójimo", y luego lo dispersa y lo esparce por diversas prescripciones que regulan la vida de los fieles desde la vigilia hasta el sueño, desde el nacimiento hasta la muerte, para que puedan vivir plenamente la Alianza.

- El discurso sapiencial vuelve a conectar el ethos y el cosmos. Ya no se ocupa de lo ya vivido, de la memoria, la narración, la historia o la ley. Se ocupa más bien de las situaciones irreversibles de la vida, en las que cada persona experimenta sus límites y su fecha de caducidad. La reconexión del ethos con el cosmos produce pathos, pasión, sufrimiento libremente asumido. La sabiduría es un don de Dios que produce esperanza, a diferencia del "conocimiento del bien y del mal" prometido por el diablo en la narración genesiana.

- El discurso del himno incluye la súplica, la celebración y la acción de gracias, donde aparece más claramente la gratuidad de la relación con Dios. Cuando no hay otra instancia humana a la que recurrir, se puede suplicar, clamar a Dios, pedir misericordia, declarar su nombre y preguntar si duerme o se ha olvidado de su pueblo. Los fieles se dirigen a Dios en segunda persona -Tú- y el himno se convierte en un diálogo permanente.

La palabra revelada es, pues, la formación misma del sentimiento que trasciende las modalidades del sentimiento humano.

El ser humano: oyente de la Palabra

¡Escucha, Israel! El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Los mandamientos que hoy te doy quedarán grabados en tu corazón. Se los enseñarás a tus hijos y hablarás de ellos, tanto si estás sentado en tu casa como si vas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Los atarás a tu mano como una señal y las

Llevarás como un estandarte ante tus ojos. Las escribirás en los postes y en las puertas de tu casa (Dt 6,4-8).

Esta Palabra pronunciada por Dios, esta Palabra que es Dios mismo, encuentra sin embargo su posibilidad de resonar y hacerse oír en los seres humanos. No sabríamos que Dios ha roto el silencio y ha pronunciado su Palabra que engendra mundos, que fecunda a las vírgenes y a las estériles, que transforma el desierto en un jardín, si los seres humanos no hubieran escuchado.

En esta Palabra, el ser humano encuentra no sólo la identidad de Dios, sino la suya propia: ser oyente de la Palabra. Por tanto, existe una inseparabilidad entre la teología y la antropología. En el Apocalipsis, el "adam" hecho de barro y animado por el espíritu divino -nephesh, isch, ischah- es una persona y un sujeto. Un ser relacional, nacido de la relación y engendrado por ella. Y, sin embargo, en su mayor parte, también se descubre a sí mismo como producto de lo que él mismo no es, porque no puede darse a sí mismo el ser. No puede hacerse existir a sí mismo. No pidió nacer y no quiere morir. Y, sin embargo, la única certeza que tiene es que es finito y mortal. Y dependiente de otro. Otro debe darle la vida y él debe recibirla de ese otro. La alteridad -el otro- es, por tanto, el hecho fundamental de la experiencia humana. El ser humano sólo puede comprenderse a sí mismo a partir del otro.

En su viaje, en su búsqueda de autocomprensión y autorrealización, en la búsqueda del sentido que puede tener una vida situada entre un nacimiento ignorado y una muerte cierta pero no deseada, los seres humanos llegan a darse cuenta de sus límites, pero también de su grandeza. Descubre que es, al mismo tiempo, consciente de sí mismo (es decir, de sus propios límites, de su humanidad, por tanto) y capaz de superarse y trascenderse. En otras palabras, es al mismo tiempo un ser biológico, mortal, vulnerable como todos los demás seres, regido por las mismas leyes que toda la naturaleza. Pero es también y no menos irreductible a cualquier otra cosa o ser del universo. Es un ser finito que avanza inseparablemente hacia un horizonte infinito. Una singularidad única y abierta.

Toda esta finitud que coexiste al mismo tiempo con el infinito y la eternidad, el ser humano la recibe de otro, gratuitamente, sin haber hecho nada por ello. Esto es la gracia. El ser humano es, por tanto, un ser "posterior" que viene después. Después del Otro que lo creó, después de las demás cosas y seres creados que encuentra sobre la faz de la tierra al nacer. Sin embargo, la experiencia trascendental por la que se constituye -una experiencia que procede del orden de lo "indecible"- procede de una disposición fundamental que es "anterior" a todo. A lo largo de la historia del pueblo de Israel y de la Primera Iglesia, llamamos Dios a este Santo Misterio.

Sin embargo, a pesar de su posterioridad, el ser humano es creado libre. Es decir, al mismo tiempo que es libre para decir SÍ, es libre para huir, para dar la espalda al ser y decir NO. La libertad trascendental o libertad última que le corresponde está mediada por la realidad. Es decir, por la corporeidad, la historia, el tiempo y el espacio. Y por el otro, el semejante del que es responsable en una hermandad originaria. Es una dimensión totalizadora mediada por lo contingente y provisional. La dimensión de la totalidad viene dada por Dios Creador, que, sin embargo, sólo se revela en o a través de lo que no es él mismo, sino su creación.

La Palabra se da y se hace oír en medio de todo este dinamismo misterioso. Y abre el camino de la vida en la medida en que es escuchada y acogida. Se trata, pues, de un misterio de salvación, una salvación que es el punto de referencia de la originalidad del ser humano. La salvación, sin embargo, sólo tiene lugar dentro de la historia, que es la inserción necesaria y no opcional del ser humano. En este sentido, no hay dos historias, sino una sola historia: la historia de la salvación, que, sin embargo, también puede ser la de la perdición, según el deseo y el ejercicio de la libertad del ser humano. Los

hombres y las mujeres se refieren al ser como misterio, es decir, son seres bajo la disposición misteriosa de los demás. Por ello, son pacientes incluso cuando son agentes; son desconocidos incluso para ellos mismos. Por tanto, la salvación es algo que procede de Dios, de lo Trascendente, pero que puede ser experimentado por los seres humanos, dentro de sus límites finitos. Y esta experiencia tiene lugar sobre todo en la escucha de una Palabra que viene de otro y que te define como oyente de la Palabra.

Esta escucha de la Palabra que le trasciende hace del ser humano no sólo un oyente de la Palabra, sino también un creador y emisor de palabras, un ser de lenguaje. El lenguaje desvela la realidad a la razón y al corazón humanos, en la medida en que es signo y expresión, medio de su condición de criatura. Hace aflorar su capacidad creadora. Hace que este mismo ser humano se descubra a sí mismo no sólo como oyente del lenguaje elaborado y pronunciado por otro, sino también como creador de lenguaje. Un discípulo fiel que escucha la Palabra y la pone en práctica será un servidor de esa misma Palabra, abriendo el camino para que otros escuchen y obedezcan.

Discípulos y peregrinos: creadores de lengua

El Señor Dios me ha dado la lengua de un discípulo para que sepa consolar con palabras a los abatidos. Cada mañana despierta mis oídos para que escuche como un discípulo; (el Señor Dios ha abierto mi oído) y no he sido reacio, no he rehuido (Is 50,4-5).

El profeta Isaías nos habla de la vocación profética, que es -en su dimensión más profunda- la vocación de todo el pueblo de Dios.

El pueblo de Dios sabe que sólo puede ser un pueblo, vivir y sobrevivir como pueblo si escucha y obedece lo que oye. Por eso el judío, desde su nacimiento y durante toda su vida, se entenderá a sí mismo como un oyente. Y al escuchar esta Palabra, sentirá que pertenece a su pueblo, el pueblo de Dios que recita continuamente el "Shemá": Escucha Israel.

Escuchar la Ley del Señor, su Palabra, es algo que debe impregnar la vida de todo creyente, de todo creyente, de todo el que quiera vivir con el Señor, obedeciendo su voluntad. Todas las personas son oyentes de la Palabra. Todo ser humano que encuentra su referencia en la Biblia judía y cristiana se entiende igualmente como tal.

Como oyente de la Palabra, todo ser humano está formado por el lenguaje y llamado a poner en práctica lo que oye. Sin embargo, su práctica de obedecer y hablar sobre lo que ha oído no puede ser un discurso informativo, que describe, consigna y prueba: hechos, datos, acontecimientos, noticias. Tal discurso informativo sería más compatible con la idea de Logos, que apunta a la razón y la privilegia, pretendiendo alcanzar un nivel de objetividad. Sin embargo, la palabra humana no es ni puede ser puramente objetiva, tomando distancia de lo que habla y comunica. También es subjetiva, al igual que el acto de hablar. Toda palabra pronunciada que sólo pretenda informar implica la selección de datos y la elección de cómo elaborarlos y emitirlos, que siempre se ven afectados por motivos subjetivos. Por tanto, puede ser manipulada. Y el discurso puramente informativo no existe realmente. No escapa a la interpretación, y cualquier pretensión de atenerse únicamente a los hechos objetivos es una falacia engañosa.

El discurso que es fruto de la escucha de la Palabra de Dios sólo puede ser performativo: no se limita a referirse a la realidad, sino que crea y establece la realidad. Y también es autoinvolucrante. El sujeto que habla se compromete a transmitir el mensaje. El lenguaje es una acción creativa que transforma la realidad. Así tenemos el hermoso pasaje del profeta Ezequiel, en el capítulo 37, quien, al ser instado por el Señor a profetizar, recibe el soplo de la Ruah divina que se combina con la



palabra que pronuncia y ve cómo lo que eran huesos secos -la casa de Israel derrotada y destruida- se transforma en un ejército militante.

Entonces me dijo: "Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. He aquí que dicen: Nuestros huesos se han secado, y nuestra esperanza ha perecido; nosotros mismos hemos sido cortados. Profetiza, pues, y diles Así dice el Señor Yahveh: He aquí que yo abriré vuestros sepulcros y os haré subir de vuestras tumbas, pueblo mío, y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestras tumbas y os haga subir de vuestros sepulcros, pueblo mío. Y pondré mi Espíritu dentro de vosotros, y viviréis, y os pondré en vuestra tierra; y sabréis que yo, Yahveh, he hablado esto y lo he hecho, dice Yahveh. (Ez 37, 11-14)

Mediante esta alianza inquebrantable entre la palabra y el espíritu, entre la divinidad y la humanidad, la vida vence a la muerte.

En el cristianismo existen también las protopalabras, las que realizan a los ojos de la fe lo que ha resonado de labios humanos, habiendo pasado primero por el oído donde penetró la Palabra. Son sacramentos que reciben su forma de la palabra hablada: "Yo te bautizo", "Yo te absuelvo", "Esto es mi cuerpo", son el caso supremo de la palabra que acontece en clave de habla performativa.

La Palabra de Dios es siempre performativa. Descubre y manifiesta la realidad de lo creado en la medida en que lo libera. Libera al ser humano de la violencia muda de los instintos, de la rutina, de lo inmediato; provoca la libertad abriendo espacio para transformar el mundo. Y conduce a quien la escucha por un camino transformador que le llevará a una vida cada vez más poderosa y plena.

El ser humano, por tanto, al ser oyente, aprende y recibe esta palabra que se le da al mismo tiempo que, como ser de lenguaje, la construye y la pronuncia. El lenguaje le descubre y revela entonces como ser que se debe a sí mismo, al ser incapaz de darse y tener que recibirlo de otro; le descubre y revela sus múltiples conexiones: origen, tradición, pertenencia, sociedad; le descubre y revela su realidad en la medida en que le permite hacer presente lo invisible, lo ausente, el pasado y el futuro, la historia y la trascendencia; le permite escapar del presente reductor y coercitivo; le descubre su realidad como ser dialógico y para los demás.

El lenguaje implica libertad. Implica que el ser humano es un ser hecho para la comunicación, creado como interlocutor libre de un TÚ que le interpela y al que está llamado a responder, estando situado en medio de tantos otros "tus" que le interpelan y desafían con su diferencia y alteridad. La comunicación es intersubjetividad, relacionalidad, un componente esencial de la vida humana. Donde no hay comunicación, no hay comprensión ni comunión. Por tanto, la palabra tiene una función sanadora, terapéutica y redentora, ya que devuelve al ser humano a sí mismo en su condición fundamental de estar hecho para la relación con el otro.

Si esto es lo que es el ser humano, entonces la humanidad es una comunidad ilimitada de comunicación, como dice el filósofo Habermas; una comunidad que se ha subdividido en muchas lenguas específicas que ya no se entienden entre sí, como una Babel reeditada. Desde la primera y fundamental célula de la comunidad humana, que es la familia, hasta las grandes organizaciones nacionales e internacionales, este fenómeno de la incomunicación humana parece ser uno de los más graves de nuestro tiempo. Nunca ha habido tantos medios y tan pocos fines. Nunca hemos tenido tantas posibilidades de comunicación y nunca al mismo tiempo la comunicación humana ha estado tan amenazada.

Sin embargo, esto se debe a que el lenguaje es una expresión de la propia humanidad, con sus grandezas y limitaciones. Todo ser humano es y existe gracias al lenguaje. En la medida en que somos

seres relacionales, existimos en nuestro hablar recíproco. Pero, al mismo tiempo, el lenguaje participa de la creaturalidad, finitud y limitaciones del ser humano. De su ambigüedad, velamiento y mutismo. No escapa al pecado.

Cuanto más humano se vuelve, más consciente es de que no es ni la primera ni la última palabra. Se da cuenta de que se refiere a una palabra que no es la suya ni la de otros como él: una palabra que es verdad, poder, amor y libertad. La fe denomina Palabra de Dios a esta Palabra fundamental que constituye la vida humana.

Palabra y lenguaje son, pues, a la vez poder e impotencia, revelando la realidad del ser humano como criatura que se pregunta al mismo tiempo por su fundamento de criatura finita, por la relación entre criatura y trascendencia y siente los límites de su finitud mortal y perecedera, que es capaz de lo máximo y se encuentra atrapado en lo mínimo; que desea lo infinito, pero no puede liberarse de las garras de lo finito y de las tiranías de cada día que reducen obstinadamente sus posibilidades. Siendo ambigua, pero participando al mismo tiempo del poder de decir lo que es más grande que ella misma, la palabra humana -que puede expresarlo todo- puede expresar a Dios. Dios es la palabra de nuestro lenguaje, en toda su grandeza y sus limitaciones. Podemos hablar de Dios, aunque nunca perfectamente.

El lenguaje humano también, y no menos, se refiere al mundo. Dios es distinto del mundo, es el fundamento no objetivo del mundo. Sólo se puede "hablar de Él" indirectamente a través de realidades finitas. Por tanto, toda realidad tiene un carácter revelador. Pero sólo se puede hablar de ella analógicamente. Por ejemplo, cuando proclamamos "Dios es Padre", tomamos como análogo al padre humano, pero estamos hablando de una paternidad incomparablemente distinta de la del padre humano.

También se puede y se debe hablar de Dios performativamente. La palabra de Dios abre y crea la realidad al hablar, introduce el cambio, cumple, envía, hace lo que dice y hace hacer. Esta realidad producida por la palabra de Dios y por la palabra de Dios no sólo puede ser conocida, sino también reconocida y no puede permanecer cautiva de la injusticia. Porque, de lo contrario, se habla de Dios, pero Dios mismo no habla y su Palabra no se escucha. Sólo se puede hablar de Dios porque primero habló de sí mismo en la historia de un pueblo. Y su Palabra sigue resonando, rompiendo todos los silencios e iluminando el camino del pueblo de Dios.

La metáfora del camino

Caminante no hay camino/ Se hace camino al andar Al andar se hace el camino/ Y al volver la vista atrás/ Se ven las sendas que nunca se ha de volver a pisar. Caminante, no hay camino/ Sino estelas en la mar. (Cantares)

Cuando hablamos del camino, es inevitable recordar los versos del gran poeta español Antonio Machado:

Esta palabra -camino- y la metáfora que encierra, deseosa de significar la totalidad de la vida humana, darán forma al cristianismo desde muy pronto. En los primeros tiempos de su existencia, la comunidad de los discípulos de Jesús era conocida como "discípulos del camino". Porque Jesús no enseña una filosofía, una ideología, sino un camino, es decir, un camino que hay que recorrer con él, en el que sólo se aprende recorriéndolo, caminando.



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



Y cuando le preguntan qué camino seguir para llegar a su Dios y Padre, Jesús mismo responde: "Yo soy el Camino". El camino, por tanto, es su persona, su forma de actuar, de pensar, de sentir y de escuchar. En Jesús se encuentran y se implican mutuamente las dos fuerzas motrices de la experiencia de Dios: la Palabra y el Camino/ la Palabra que ilumina el camino que deben seguir quienes desean experimentar la presencia de Dios y la comunión con Él. Y este mismo camino, al ser recorrido, desvela los misterios de la Palabra.

1 Jn 1,1-4 *"Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y nuestras manos han tocado: esto proclamamos acerca de la Palabra de vida. 2 La vida se ha manifestado; nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella, y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos ha manifestado. 3 Anunciamos lo que hemos visto y oído para que también vosotros tengáis comunión con nosotros. Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. 4 Escribimos estas cosas para que nuestro gozo sea completo".*

La Palabra podía ser oída, pero también vista, tocada, sentida. La Palabra se hizo carne, se hizo persona en el carpintero de Nazaret, nacido de María, nacido de mujer. A diferencia de los profetas, que puntualizan su discurso diciendo que es Dios quien habla por su boca y no ellos, Jesús no hace esta distinción entre la Palabra de Dios y la suya propia. Él es la Palabra y, al mismo tiempo, es el oyente perfecto. Es la Palabra encarnada y, al decir a sus oyentes que lo que les habían dicho los antiguos lo decía ahora él mismo con un radicalismo distinto y mayor, no invoca otra autoridad que la suya propia. Así, en Mt 5: *"Habéis oído lo que se dijo a los antiguos... Pero yo os digo..."*.

Esta Palabra, que siempre había iluminado el camino del pueblo de Israel, que la alababa como "luz para sus pasos", como en el Salmo 118: *"Tu palabra es una antorcha que alumbrá mis pasos, una luz en mi camino"*, seguiría iluminando y guiando el camino de la primera comunidad que luego anunciaría la buena nueva por todo el mundo conocido.

Somos peregrinos en este camino. Como los del camino de Emaús, sentimos arder nuestro corazón a lo largo del camino cuando el Maestro abre el libro de las Escrituras y nos explica la dinámica de la salvación y cuál iba a ser el destino del Mesías: *"¿No era necesario que el Mesías padeciera todas estas cosas antes de entrar en su gloria?"* (Lc 24,26) Tenemos miedo cuando se aleja y el día declina y avanza la oscuridad. Pero todo vuelve a iluminarse cuando se parte el pan y se reconoce al Señor y se proclama su vida a sus compañeros y a toda criatura.

En el mundo actual, el camino del seguimiento de Jesús presenta muchos desafíos. Ya no vivimos en una sociedad en la que la fe es la perspectiva principal de la vida humana y la religión organiza la sociedad. Vivimos en un mundo secularizado y plural, en el que la fe que nos alimenta se ve desafiada y cuestionada a cada paso. Se nos presentan varios caminos como oyentes de la Palabra de Dios y seguidores del camino de Su Hijo Jesús:

- El camino de la experiencia del otro: En el centro de la experiencia humana de la fe no sólo está el sujeto que conoce, es decir, el yo, sino el otro, es decir, el tú o el él o ella. Él o ella que, por su alteridad y diferencia, mueve al yo hacia un viaje de conocimiento sin caminos preestablecidos ni más certezas que la aventura del descubrimiento progresivo de lo que puede aportar algo o alguien que no soy yo. Aquél o aquélla que no es yo tampoco es eso (algo cosificado o cosificado), sino alguien que se dirige a mí, que me habla y a quien yo respondo, un sujeto "otro", cuya diferencia se me impone como una epifanía, una revelación. La fe cristiana hoy, como en otros tiempos, pero yo diría que más que nunca, se ve interpelada, para redescubrir su lugar y sus caminos, a mirar lo humano como una vía necesaria hacia lo divino. Por tanto, escuchar la palabra de Dios implica inevitablemente escuchar la palabra del otro, del otro y de la diferencia que me interpelará desde su diferencia.



- El camino de la pobreza del otro y de la compasión: el rostro del pobre evoca un camino ineludible para cualquiera que escuche la Palabra de Dios y la ponga en práctica. Conlleva el entrelazamiento de la fe y la política, de la vida en el espíritu y la acción transformadora. Ambas pueden tener lugar simultáneamente, siempre que encuentren su punto de intersección adecuado. La praxis social y política, tal como la ha entendido recientemente la teología, puede incluso ser el espacio y el alimento de una auténtica experiencia de fe. Desde los tiempos del antiguo Israel existe una forma de vivir una verdadera experiencia espiritual: el encuentro con el Señor en el rostro de los pobres. La práctica que resulta de ello es una práctica que tiene como único objetivo la construcción del Reino de Dios. Pero es una práctica que no sólo brota de la experiencia más auténtica de Dios, sino que desarrolla, alimenta y hace crecer esa misma experiencia hasta el punto de que se haga presente en el mundo. Es una forma precisa de vivir "ante el Señor" en solidaridad con todos los demás. Por tanto, se puede decir que el camino de la vida de fe puede encontrar su origen y su entorno en la interpelación que hace la pobreza de los demás y la com-pasión que suscita. Todo este movimiento no es sólo ético, sino también místico, ya que en la Revelación bíblica y en el cristianismo, ambos no están disociados. La creencia es inseparable de la práctica de la justicia y el derecho. Oprimir al pobre y negar el pan al hambriento es el camino más rápido y directo hacia la idolatría.

- El camino de la corporeidad del otro: Entre los "nuevos sujetos" que emergen con fuerza cuestionadora cuando hablamos de Dios y de la experiencia de su misterio, está sin duda la mujer. Su diferencia, su alteridad, en un universo donde el hablar de Dios y la tematización de la experiencia de este Dios se hace casi exclusivamente por sujetos masculinos, la mujer entra como elemento perturbador en este hablar y en este universo. Y esta "perturbación" tiene lugar, más que nada, a través de su corporeidad que, al ser "otra" que la del hombre, expresa y señala la experiencia de Dios de un modo diferente. El cuerpo femenino es la condición de posibilidad de la forma en que la mujer se convierte en una interpelación importante cuando se trata de la experiencia mística. Este cuerpo, sin embargo, ha sido a menudo la fuente de la discriminación que las propias mujeres han sufrido y sufren en la Iglesia. En el marco de esta discriminación corporal, existe una asociación muy fuerte con la mujer como responsable de la entrada del pecado en el mundo, y de la muerte como consecuencia del pecado. Debido a su corporeidad abierta, la mujer puede evocar y transmitir experiencias espirituales con las que los hombres suelen tener más dificultades. Nos referimos, por ejemplo, a la experiencia de sentirse esposa de Cristo, de vivir un matrimonio espiritual, o a la experiencia tan central de ser fecundada por el Espíritu de Dios, dando nuevo cuerpo a su Palabra y mediando de nuevo la Encarnación en el mundo. La violencia contra las mujeres sigue siendo un hecho hoy en día, en la sociedad y también en la Iglesia. La escucha de la Palabra de Dios ayuda ciertamente a abrir un camino de amor y reciprocidad entre hombres y mujeres, compañeros de camino en la construcción del Reino de Dios. La corporeidad del otro -o, mejor dicho, de la otra-, fuente de tantas sospechas y prejuicios a lo largo de la historia, es un camino tan antiguo y a la vez tan nuevo, poderosamente esclarecedor e inspirador para la fe cristiana en tiempos de nuevos paradigmas en los que la cuestión del género es uno de los temas más centrales.

- El camino de la religión del otro: Del mismo modo que hay algo que sólo el otro género, el otro sexo, puede enseñar en términos de mística, también hay sin duda algo que sólo la religión del otro, en su diferencia, puede enseñar o llamar la atención: a veces un punto o una dimensión que descubrimos en nuestra experiencia religiosa y de la que no nos habíamos dado cuenta. Por lo que respecta a los judíos, en palabras del gran filósofo judío Levinas, "es importante construir una comunidad que supere los límites de la confesión y haga posible una civilización construida sobre una interlocución que debe buscarse en Dios mismo" Este Dios en el que creen judíos y cristianos es el único capaz de aportar esperanza en medio de la desesperación prometeica actual. Y mientras que la esperanza judía parte

de lo que aún no se ha cumplido y empuja hacia su cumplimiento incipiente, la esperanza cristiana, partiendo del cumplimiento que cree alcanzado en Cristo, arroja luz sobre lo que está dolorosamente incumplido en el hombre y en el mundo. Por tanto, no todo está aún cumplido, ni siquiera para un cristiano. Y el judaísmo es más que fundamental para el futuro de una humanidad que, creyéndose salvada, puede correr el riesgo de no tener ya nada que esperar. La tradición de Israel, que también es la nuestra, recuerda a los conformistas de todo tipo que no todo está bien y resuelto. Y el diálogo entre judíos y cristianos no puede basarse únicamente en su pertenencia común a la humanidad, al mundo moderno, a Occidente. Sino en algo mucho más grande: la Otriedad Trascendente que rompe el silencio y se revela como la Palabra Viva y se deja esperar no sólo como Aquél que se hizo presente y dio un nuevo sentido a la historia, ni sólo como Aquél que se hace contemporáneo y da a la contemplación y a la experiencia mística condiciones reales de posibilidad. Sino también como Aquel que viene y que vendrá y que sorprenderá con su venida incluso a quienes tienen de Él las experiencias más íntimas y consoladoras. En el diálogo y el deseo de diálogo y encuentro entre religiones, experimentamos la ruptura entre el amor y la verdad. Entre el deseo sin precedentes de conocer al otro y aprender de él cosas que sólo el Espíritu de Dios en el otro puede enseñar. Pero hacerlo sin perder la identidad de la propia experiencia y la fidelidad a ella. Aunque -afortunadamente- para ello necesitemos abrirnos cada vez más los unos a los otros para aprender mutuamente a esperar ese futuro que estamos llamados a construir, pero que también se nos está dando y se nos dará graciosamente

- el camino de la convivencia y la comunión con todos los demás seres vivos: La interpretación del mandato del Génesis en el sentido de una primacía absoluta e ilimitada del hombre sobre la naturaleza ha tenido, sin embargo, otras consecuencias, como la sospecha de una concepción erróneamente individualista del ser humano, combinada con un determinismo económico y tecnológico omnipotente y prepotente. Sobre todo, condujo a una visión de la naturaleza, la tierra y el cosmos como algo separado del ser humano, escindiendo así la Creación de Dios. La humanidad llegó a ver la naturaleza como un enemigo que había que conquistar y destruir impunemente en nombre de un progreso y un enriquecimiento voraces e ilícitos. La lucha humana por la vida se transformó entonces en un instinto de muerte amenazador y agresivo que pesa sobre todas las demás formas de vida.

De hecho, la revelación de Dios en las Escrituras le presenta como creador y ardiente amante de la vida. El relato de la creación muestra el afecto y el cuidado desvelados del Creador por la tierra. Además de iluminarla con las luces del firmamento, la puebla de vida, en una inmensa diversidad de formas y especies.

La imagen que destaca de la tierra en el relato del Génesis es la de sede y madre de la vida. Su gran cuerpo es el anfitrión y generador de la vida. De su seno brotan todos los seres vivos, incluidos los humanos, todos los cuales están hechos de su sustancia. Hechos de la tierra, hechos de tierra, animados por el espíritu de Dios, eso es lo que somos. Somos tierra. En el principio, entre nosotros y la tierra, existe una relación sin distancia, sin vis-à-vis, sin separación. Somos uno con ella. Vivir es necesariamente vivir juntos: el ser humano no reina en el universo al margen de los demás seres vivos. Sino que son creados desde la pluralidad e invitados a convivir. Y esta convivencia no sólo concierne a sus semejantes, sino a todos los seres vivos. Todo está interconectado, todo y todos somos interdependientes. No hay vida posible aislada de uno mismo o de los demás. Para existir, la vida tiene que ser un con-vivir, un convivir. Esto es lo que nos dice Laudato Sí, la encíclica de 2015 del Papa Francisco, cuando llama a la tierra "nuestra casa común".

La actitud cristiana fundamental que se desprende de esto es el cuidado y no la conquista: Los seres humanos no están en la creación para dominar la tierra y conquistarla. Tampoco para buscar su

propio beneficio a expensas de las demás formas de vida que existen en ella. Están allí para ser responsables de la vida. Y, por tanto, su actitud debe ser de cuidado, protección, cultivo y desarrollo de la vida en todas sus formas y configuraciones. Toda vida importa, toda vida debe ser cuidada, incluso la más frágil e insignificante.

Cuidar la Tierra es inseparablemente construir la justicia: El esfuerzo por restablecer unas relaciones armoniosas entre la humanidad y el cosmos exige superar ciertas concepciones deterministas, individualistas y economicistas. Nos llama a recuperar una noción de la vida tan presente en las culturas de los pueblos originarios, que ven el cosmos como una epifanía, llena de sentido, una manifestación del misterio. Una instancia que exige reverencia y respeto. Sin embargo, contemplar el misterio del cosmos no debe verse como una preocupación ascética o estética nacida sólo de la ociosidad, sino como la expresión de una preocupación ética primordial: el cosmos debe ser restituido a los hombres y mujeres que han sido despojados de lo que era suyo y de lo que les pertenecía en ese cosmos. Esta restitución va de la mano de la lucha por dar pan a los hambrientos, cobijo a los sin techo, agua a los sedientos. Todo esto es un gesto salvífico, es devolver el cosmos a todos aquellos que han sido desposeídos de él".

Conclusión: escuchar la Palabra a lo largo del Camino

La Iglesia está en sínodo, es decir, en un camino de amplia escucha e integración de todos los segmentos y sectores de la comunidad eclesial. Esta escucha integra también a la sociedad plural y multicultural que es la nuestra hoy, en un momento en que no vivimos en un tiempo de cambio, sino en un cambio de época, como ya ha dicho el Papa Francisco.

Para vivir fielmente su identidad y su misión, la comunidad eclesial está llamada a escuchar profundamente la Palabra de Dios que proviene de las fuentes de la Revelación: la Escritura y el Magisterio de la Iglesia a lo largo de la historia. Pero también está interpelada a escuchar a los demás en los nuevos caminos que el Espíritu revela a nuestros ojos en este tiempo de cambio.

La Palabra que arrancó a Abraham de todas sus seguridades y lo lanzó hacia lo nuevo desconocido es la misma Palabra que estamos llamados a escuchar hoy, fieles a nuestra vocación de ser oyentes. Como oyentes somos también peregrinos y viajeros, escuchando mientras avanzamos hacia lo que el Señor nos señala y que sólo deseamos sin saber exactamente cómo nombrarlo. A nuestro lado, delante y detrás de nosotros están nuestros hermanos y hermanas, otros peregrinos, de otra procedencia, otra lengua, otra religión, otro sexo. Y los pobres, los desafortunados, los desamparados, los desprotegidos, los vulnerables de todo tipo de los que somos responsables, a los que respondemos, escuchando su grito y su voz que quiere vivir plenamente.

Esta palabra múltiple de voces diferentes converge en la Palabra divina y única que desde la fuente de la vida se dirige a nosotros y nos habla, nos interpela, nos invita y nos envía. Seguimos sus pasos como personas, seres relacionales abiertos a la alteridad. Pero no vamos solos. Vamos juntos, hombres y mujeres, niños, ancianos, familias enteras, microcosmos de la gran familia humana que hoy, como siempre, está invitada a ser imagen de la gran comunidad trinitaria -Padre, Hijo y Espíritu Santo-, comunión originaria y original que nos crea, redime y santifica con cada paso y cada respiración.